

á sus compañeros que al otro día fueran á San Francisco á comulgar, con lo cual entendería el pueblo que cuanto se había hecho en la prisión de Paz, había sido con acuerdo de todos.

Hernán Pérez decía á Peralmindez y á Salazar muy satisfecho:

—El éxito nos favorece, ya veis que algo más que el nombre tengo de Cortés, pues le igualo en talentos políticos, si es que no le supero, pues él venció bárbaros y yo venzo sagaces.

Capítulo X

Pero Almindez de Chirinos

ESA noche del mismo día en que tuvieron lugar las violentas escenas ocurridas entre D. Pedro Togores, su hija D.^a Leonor y la hermosa D.^a Ana de Pacheco, el joven D. Alvaro, bien ajeno de lo ocurrido, se dirigió á la casa de Togores, no para entrar en ella, pues le estaba prohibido, pero sí para conversar con D.^a Leonor por la reja de su ventana.

D. Alvaro hizo la señal convenida entre los dos amantes y esperó la contestación.

Pero el tiempo pasó y la seña no obtuvo respuesta.

Cinco ó seis veces la repitió y todas ellas con el mismo mal éxito.

D. Alvaro, que todo lo temía del odio que D. Pedro le había mostrado, supuso que algo grave habría pasado entre el padre y la hija, y cediendo á ese generoso impulso que á todo buen amante le lleva á acometer con osadía cualquier acto, por arriesgado que sea, con tal de defen-

der á su amada, se propuso entrar en la casa á toda costa.

Llamar habría sido inútil imprudencia.

Los criados no le habrían abierto la puerta.

Descerrajarla era muy difícil y muy expuesto á producir alarma con el ruido.

No quedaba otro recurso que el escalar las paredes y trepar á las azoteas.

Las casas de aquel tiempo casi todas eran bajas.¹

La de D. Pedro éralo también y las rejas de las ventanas podían servir de escala.

D. Alvaro era ágil y aunque no lo hubiese sido naturalmente, el amor habríale hecho en aquella ocasión.

Tenía la empresa sus dificultades y no pequeñas.

Trópezando con ellas, el amante joven estuvo expuesto á caer y á matarse tal vez, cuando casi tocaba ya la barda de la azotea.

Por fortuna vino al suelo sin lastimarse gravemente.

Pero tuvo que comenzar de nuevo su escalamiento.

La fortuna le ayudó en aquella segunda vez y por fin pisó con medrosa planta la azotea.

Reinaba un profundo silencio en el interior de la casa.

No obstante; por las rendijas de la puerta del cuarto de D. Pedro se distinguía luz y aun el eco de una conversación.

D. Alvaro no vaciló mucho tiempo; pasó sus piernas sobre la barda interior y trezándolas en una columna del corredor, se deslizó por ella hasta el suelo sin producir ni el menor ruido.

Lentamente se fué acercando á la puerta de la habitación de D. Pedro.

En el zaguán y sobre una tarima de madera roncaba un criado del señor de Togados.

No había á quien temer.

Pronto pudo llegar á la puerta.

Miró por la rendija y haciendo un movimiento de sorpresa y disgusto dijo para sí:

—Peralmindez aquí: junta de rabadanés, oveja muerta: impidámoslo y para ello escuchemos.

La conversación, hacia mucho tiempo comenzada, estaba entonces en todo su calor.

Peralmindez decía:

—No lo dudéis, D. Pedro, están entre mis manos cerradas y no las abriré hasta haberlos ahogado.

—Cuidado, Peralmindez, es gente astuta y mal intencionada.

—Os digo que nada tengo que temer, Rodrigo de Paz es nuestro en cuerpo y alma.

—No basta eso, Peralmindez; no basta: creedme. Bien podemos hablar con franqueza: vuestra fama y la de Gonzalo de Salazar, no son de lo mejor que digamos y...

—¡Nuestra fama! Convergamos D. Pedro en que este asunto no tiene cosa alguna que ver con buenas ni malas famas. Desorganizado como está todo, divididos entre sí los conquistadores, alzados y soberbios los indios, y por los suelos la autoridad, todo golpe de audacia bien meditado tiene que ser favorecido por el éxito. Sólo don Hernando podría imponerse en todo y á todos y D. Hernando anda sabe Dios por dónde. Si como empieza á decirse hubiese muerto en la expedición...

—¡Peralmindez!—exclamó D. Pedro escandalizado de la tranquilidad con que Chirinos hablaba;—no digáis tal cosa; ninguna razón hay que justifique esos *dices*; el camino de las Hibueras, según cuentan los indios, es en extremo escabroso y dilatado; se comprende que no

haya podido recibirse mensaje alguno. Pero á D. Hernando no puede haberle abandonado, no ya la fortuna, que parece ser su propiedad, pero tampoco Dios, que aunque mucho tenga que reprocharle, sabe que trabaja, al par que por su conveniencia, por el crecimiento y propagación de la Santa Religión Cristiana. Si D. Hernando, no lo quiera Dios, faltase en estos momentos, la pérdida de estos reinos sería inevitable y segura.

—Eso creo yo, y eso iba á decir cuando me interrumpisteis. Deseo como vos que D. Hernando viva y por muchos años, pero si por una contingencia que nada tendría de extraordinaria, dispusiese Dios de sus días, la Nueva España sería reconquistada por sus antiguos señores y el que de nosotros no anduviese listo podría pasarlo muy mal. Por eso yo, que soy hombre prevenido, trato de aprovechar el tiempo, y si reuno las riquezas con que sueño, á buen tiempo pondrélas en salvo y con ellas mi humanidad. Para esto necesito que el golpe meditado se dé antes que se confirme la muerte del conquistador ó de que éste vuelva y todo lo enderece. En su ausencia, de los audaces es la fortuna, y yo no dejaré de serlo. Y como os quiero bien y como de D.^o Leonor pienso hacer mi esposa, os participo lo que ocurre para que como yo estéis en guardia.

—Os lo agradezco como debo, pero como lo que á doña Leonor hace, tengo que decirlos...

—¿Que persiste en aborrecerme, ¿no es cierto?

—¡Lo es!

—¿Y eso qué le hace si yo la amo con toda sinceridad? ¿No hace el amor milagros? Pues uno de ellos hará el mío venciendo su indiferencia.

—No obstante: ¿si estuvierais al tanto de lo que hoy me ha pasado con D.^o Leonor!

—Lo sospecho.

—¿Qué sospechais?

—Que os ha dicho que sólo ama y amará á ese tal por cual de D. Alvaro y que antes que consentir en unirle conmigo profesará en un convento. ¿Es cierto?

—Sí, pero aun hay más.

—¿Qué es ello?

—Permitidme que no os lo diga, Peralmindez. Tengo destrozado el corazón, y al menor contacto, el dolor me privaría de la razón!

—No insisto entonces. Pero si de D. Alvaro se trata, yo os juro que no nos estorbará mucho tiempo; pues ó le mato como á un perro, ó le hago casarse con D.^a Ana de Pacheco, porque Pacheco puede morir en las Hibueras, donde al presente se halla, ó si volviese vivo, puede morir á manos de cualquiera de tantos como tienen envidia de sus ricos y valiosos repartimientos. Entre esos tantos estoy yo mismo; pues según mis noticias, los productos de los repartimientos de Pacheco, pasan á la semana de ciento cuarenta mil maravedís, que es cosa extraordinaria y envidiable.

Quando Peralmindez concluyó de hablar, D. Pedro, que se había puesto púrpura de cólera, estalló en mil denuesos que naturalmente no podemos transcribir aquí, añadiendo:

—¡Vive Cristo! Peralmindez, que no sé cómo he podido contenerme, y que si tal hicieseis, seriais un grandísimo bellaco!

Peralmindez soltó una carcajada, y repuso:

—¡Por los cuernos de Lucifer, que me había olvidado por completo de que vos amáis á D.^a Ana! Pero, confieso mi culpa, y os ruego que deis por no dicho lo que he

dicho. Sois mi amigo y mientras lo seáis, nada debéis temer de mí. Contad, pues, conmigo para cuanto se refiera á vuestra pasión por D.^a Ana.

—¡Peralmindez, á la verdad que no sé como juzgaros!

—Pues no lo hagáis por las apariencias, porque podríais ofenderme; parezco un bribón, pero no lo soy. Por otra parte ¿quién no lo parezca aquí y en la actualidad? Todos podrán temer, y no sin motivo, una mala partida de mi parte, pues á quien no las haga, se las harán los demás. Pero en esos todos no estáis vos, D. Pedro, os lo juro. Sometedme á las pruebas que gustéis y todas de antemano las acepto. Pero eso sí, no os pongáis en mi contra, por que ¡vive Cristo! que os despedazaré como á mi mayor enemigo: y esto os lo digo en este momento en que me encuentro solo y en vuestra casa, y si lo quisierais, podríais, con muchas probabilidades, acabar de una vez conmigo; franco, pues, me muestro á vos, y os reitero el ofrecimiento de mi amistad, si gustáis aceptarla, y ratifico mi amenaza para el caso, que en conciencia no temo, de que os pongáis del lado de mis enemigos.

—Peralmindez, á mí como á vos me ciegan una pasión y un odio mortal, y para que la una y el otro se vean satisfechos, necesito como vos de amigos poderosos. Lo sois para mí, y á vuestro lado estoy. Si una desgracia nos pusiera alguna vez frente á frente como enemigos, franco á mi vez me veríais en la lucha, que canas peino, á pesar de que muchos y fuertes enemigos he tenido en mi vida.

—Nunca lo he dudado y porque sois hombre fuerte os hablo como tal; nunca la eché de valiente con los cobardes.

—Pues aquí quede este esunto y mañana Dios dirá.

—Y bien que sí; mañana veréis quién es Peralmindez

y lo verán Estrada y Albornoz, á quienes privaré de sus empleos.

—Vuelvo á recomendaros la prudencia.

—Repito que nada hay que temer. Mañana celebraremos la junta en las casas de cabildo. Paz y nosotros hemos ganado á suficiente número de regidores y el decreto se dará sin gran tropiezo.

—Pero si Estrada y Albornoz lo sospechan, antes que lo consigáis alborotarán la ciudad.

—No hay cuidado; el plan es tan secreto que sólo los interesados le conocemos, y vos, D. Pedro, porque yo os lo digo. Por nuestra buena suerte hace algunos días que ni hemos visto á D. Alvaro, quien como hombre rico y de algún influjo entra y sale en nuestras casas y las de Cortés, y suele en ellas saber más de lo que á nosotros conviene. El odio con que me vé, pues sabe que soy su rival, le hace tenerme sometido á un activo é implacable espionaje, y si algo hubiese sospechado, por tal de estorbarme habría puesto en alarma á Albornoz, que es su amigo. Pero lo repito: hace días no le vemos y según me he enterado, anda por Texcuco, ayudando á Fray Pedro de Gante á enseñar el padre nuestro á los muchachos.

—Creedme,—dijo D. Pedro,—que os envidio la indiferencia con que de D. Alvaro habláis. ¡No ha existido en el mundo hombre á quien más haya yo aborrecido!

—¿Y por qué diablos no le habéis abierto de una estocada la puerta del otro mundo?

—¡Ojalá pudiera hacerlo!

—¿Qué quiere decir eso?

—Que hoy mismo he jurado á D.^a Leonor no tocar ni al pelo de la ropa de D. Alvaro, en cambio del juramento que ella me ha hecho de que nunca le dará su mano.

—Hablarais de una vez, D. Pedro. Y como supongo que no habréis jurado también por mí, si vos no podéis quitar de en medio á D. Alvaro, yo me encargaré de cumplir lo que á vos no es dado.

D. Pedro nada respondió, lo que hizo exclamar á Peralmíndez:

—Comprendo vuestro silencio; y le acepto como una de las pruebas á que me sometéis para juzgarme mejor en vista de ellos.

Al decir esto, Peralmíndez se levantó del asiento que ocupaba, y tomando su espada y ciñéndola, añadió:

—Hasta mañana, D. Pedro; haced que me abran el portalón y Dios os guarde.

Cuando Peralmíndez y D. Pedro abrieron la puerta de la habitación del último, la del zaguán rechinó sobre sus goznes.

Lo notó Peralmíndez, y obligando á D. Pedro á no acompañarle, dijo:

—No salgáis, os lo suplico; ya vuestro criado, que sin duda tiene ganas de que me vaya, se ha adelantado á vuestra orden.

D. Pedro volvió á entrar en su habitación y Peralmíndez salió de la casa sin dar ni las buenas noches al solícito criado.

Este, en vez de quedarse dentro de la casa, salió también á la calle cerrando tras de sí, y cuando Peralmíndez le llevaba alguna delantera.

Pero lo que Peralmíndez no podía saber, nosotros lo sabemos y vamos á decirlo.

El fingido criado era D. Alvaro, que ganando al de don Pedro con algunas monedas de oro, pudo ocupar su puesto y tener libre salida.

Por eso al cerrar la puerta tras de sí, y encontrarse en la calle D. Alvaro, iba diciendo:

—Después de todo no puede negarse que al entrar con tan grandes dificultades á la casa de mi poco caritativo suegro, no me imaginaba que saldría de ella tan fácilmente y satisfecho. ¡Ah! mi señor de Peralmíndez! ¿con que vos os habéis brindado á abrirme la puerta del otro mundo? Y seréis muy capaz de cumplirlo. ¡Oh! ¡ya lo creo! Pero como sea que nunca se me presentará tan propicia ocasión como esta, para impedirlos llenar vuestra voluntaria comisión, voy á ganaros por la mano.

Y diciendo y haciendo D. Alvaro se embozó en su capa hasta los ojos, y desnudando su espada y corriendo en pos de Peralmíndez, al alcanzarle le gritó:

—¡Defendeos, Peralmíndez, ó como á un perro os mato!

Peralmíndez se detuvo sorprendido pero no atemorizado, y desnudando su espada la cruzó con la de don Alvaro, diciendo:

—Parecéis por vuestro traje un caballero, pero por el modo con que me habéis acometido y con que cubris vuestra cara, más parecéis un felón.

—Lo parezco yo, pero tú lo eres.

—¡Calla deslenguado! y ahí va esa para que la aprendas.

Al decir esto, Peralmíndez se tiró á fondo con una estocada tan recta, que habria atravesado á D. Alvaro, si la casualidad no hubiese hecho que, hallándose frente á las construcciones del monasterio de San Francisco, tropezase con una piedra, y desviándose cayera de boca contra el piso.

D. Alvaro iba á atravesarle el pescuezo, cuando un

fraile de San Francisco abriendo, al ruido causado por los combatientes, el postiguillo de la puerta:

—¡No matarás!—le dijo impidiéndole la acción.

Con tan inesperado auxilio, Peralmíndez, cuya espada se había roto, se levantó del suelo y dió á correr con toda velocidad.

En vano D. Alvaro quiso seguirle, porque el fraile le detuvo, lo cual le hizo exclamar:

—Padre, jamás habréis hecho en vuestra vida obra de misericordia que más que esta aproveche al diablo!

LIBRO IV

FRAY MARTIN DE VALENCIA